

TERESA DE ÁVILA: UNA VISIÓN IRLANDESA

DENIS RAFTER

RESUMEN: Una mirada irlandesa sobre la persona de Teresa de Ávila, inspirada en una biografía sobre la santa de la autora Kate O'Brien. Un actor y director de teatro encuentra a una mujer de gran humanidad, una luchadora que no sólo consiguió defender sus ideas durante una época muy peligrosa y con una salud muy débil; sino, además, ponerlas en práctica con dedicación y coraje.

PALABRAS CLAVE: Teresa de Ávila / Kate O'Brien / visión irlandesa / luchadora / España.

ABSTRACT: An Irish vision on the person of Teresa de Ávila, inspired by a biography about the Saint, written by the author Kate O'Brien. An actor and theatre director encounters a woman of great humanity, a fighter who not only succeeded in defending her ideas during a dangerous period in Spanish history and with a very weak state of health, but also capable of carrying them out with dedication and courage.

KEYWORDS: Teresa de Ávila / Kate O'Brien / Irish vision / fighter / Spain.



Hace muchos años un amigo me dijo: «Para entender el mundo y las vicisitudes del ser humano tienes que leer la vida de los santos». Era joven y, tras una educación larga y disciplinada bajo la tutela de los Hermanos Cristianos, no me apetecía volver otra vez ni a los santos ni a las doctrinas de la Iglesia. A los dieciocho años estaba más interesado en descubrir el mundo actual, la libertad de pensar por mí mismo, y así entender mejor la diferencia entre el bien y el mal. Pensaba que leer las vidas de los santos sería aburrido porque un santo era un ejemplo de ser humano fuera de mi alcance; un ejemplo tan perfecto que llegaría a desanimarme y me mostraría mis imperfecciones y mis debilidades; en fin, me demostraría que yo no era nada más que un pecador perdido.

La verdad es que dejé atrás mis años de adolescencia y entré en mis años de adulto muy confuso, y a veces desorientado y deprimido, puesto que nunca iba a llegar a ser una persona buena a causa de mis debilidades. Por culpa de los predicadores, sufrí en mi adolescencia los castigos que uno padece si quebranta cualquiera de los mandamientos de Dios; y el peor pecado de todos era cometer alguna ofensa contra el sexto mandamiento: los pecados carnales. No seguí el consejo de mi amigo, no leí aquel libro sobre las vidas de los santos. Pero ocurrió una cosa

interesante: la compañía de aviación con la que trabajaba por aquel entonces me mandó a Roma como su representante de ventas. Tardé siete horas en un Vickers Viscount, un avión turbohélice, que hizo escala en Lourdes, y llegué a Roma con el Concilio Vaticano II todavía en marcha. No sabía conducir, no entendía ni una palabra de italiano, nunca había trabajado en ventas y tenía veintidós años. Me sentí completamente perdido; es decir, más perdido que nunca. Me encontré entre cardenales, obispos, teólogos, filósofos, embajadores, diplomáticos, monseñores poderosos del Vaticano y, por supuesto, monjas, frailes y jóvenes seminaristas. Me sentía el gran pecador mentiroso entre tantos hombres y mujeres santos o, cuanto menos, de camino a la santidad.

Estuve tres años en Roma. Aprendí a conducir allí. Un loco conductor más entre muchos conductores locos. Después de los primeros seis meses hablaba bastante bien el italiano y tuve éxito como joven representante de ventas. También aprendí a mantener una conversación inteligente con un obispo, con un vaso de Coca-cola en una mano y un canapé en la otra. Y, poco a poco, fui dándome cuenta de que entre todos estos religiosos había pocos santos. Empezaba a entender lo complicado y, a la vez, lo sencillo que era el personaje de un santo. Este mes de mayo de 2014 se han cumplido cincuenta años de mi salida de Dublín en aquel avión Viscount y ahora creo que finalmente entiendo lo que significa ser santo. En estos cincuenta años he tenido la suerte de haber conocido a algunos. No son nombres famosos, la mayoría de los santos nunca llegan a ser conocidos porque parte de su santidad reside en su humildad, en su desinterés por ser conocidos o reconocidos. Son personas que realizan su trabajo en silencio y sin trompetas, con devoción y dedicación para mejorar la vida de otros y no la suya propia. Y otra cosa que tienen en común es su visión clara y, a la vez, sencilla de la vida.

Hace años que finalmente he leído algunas de las historias de santos y, en vez de deprimirme, me han inspirado. Ojalá lo que he descubierto recientemente lo hubiera conocido en los años de mi inocencia o, mejor dicho, los años de mi ingenuidad. Tal vez así me habría evitado algún sufrimiento a mí mismo y también a los demás. Pero con el tiempo, y con la madurez, llega la claridad y algo de sabiduría. Ahora también sé que un santo es, ante todo, un ser humano, con todas las debilidades, dudas, fracasos, errores, desilusiones y frustraciones de cualquier otro ser humano. Pero también en todas estas características de cualquier hombre o mujer está reflejada la grandeza del ser humano. Demuestran fe en la bondad del mundo y no en la maldad; demuestran respeto hacia todos los demás, pobres, ricos, de cualquier creencia o raza. Demuestran generosidad de espíritu hacia todos. Y noté una cosa más en su personalidad: la inocencia.

Como director de teatro he tenido la oportunidad de analizar los personajes de dos de los santos más conocidos y montar obras sobre ellos: san Vicente Ferrer y san Juan de la Cruz. La verdad es que el primero, san Vicente, no fue objeto de mi simpatía y no me identifiqué con su personalidad o, por lo menos, con las cosas que decía en sus plegarias, que fueron muy bien documentadas por los frailes que le acompañaron en sus viajes. Me resultaba bastante machista y duro con los

pecadores; es decir, con todo el mundo; y además me recordaba demasiado a aquellos predicadores de mi adolescencia. Pero no fui yo quien le proclamó santo.

San Juan me inspira mucho más; un hombre humilde que amaba a sus semejantes, poeta, romántico, con el corazón de un niño y las manos tendidas hacia los pobres, los menos afortunados y los pecadores. La obra de teatro que dirigí se llamaba *El pájaro solitario*, del autor José María Rodríguez Méndez, y la estrené en el Teatro Rojas de Toledo con el grupo de teatro La Pañuela. Fue también mi primer encuentro con otra gran santa, Teresa de Ávila. Uno de los momentos claves de esta obra es cuando santa Teresa hace una visita imprevista a Juan en su celda, mientras él estaba preso en Toledo. Con la iluminación y un trabajo coral por parte de la compañía de actores conseguí una entrada brillante para Teresa; sin embargo, en cuanto apareciera en la celda, quería volver a la realidad de la situación: un simple encuentro entre dos personas, como puede tener lugar entre una madre y un hijo. Porque Teresa fue a veces como una madre para él y Juan la quería a ella como un hijo, y fue su confesor. Tratando la escena así, resultaba veraz y creíble, llena de amor, ternura y, cómo no, resultaba un diálogo juicioso por parte de la santa.

TERESA: Fray Juan, Fray Juan, despierta... Estoy aquí...

FRAY JUAN: (*Que ha saltado del lecho, se incorpora, mira a la monja y su rostro parece cobrar nueva vida.*) ¡Madre, eres tú!

TERESA: Aquí me tienes; ¿de qué te espantas?

FRAY JUAN: (*Cayendo de rodillas y besando el borde del hábito descalzo de la madre Teresa.*) ¿Por dónde has entrado?

TERESA: Por la puerta... ¿Por dónde había de entrar?

FRAY JUAN: ¿Por la puerta?

TERESA: ¿Por dónde si no?

FRAY JUAN: Pero... ¿y los muros? ¿Y el río?

TERESA: (*Abrazando a Fray Juan.*) ¡Ay, medio fraile, medio fraile...! Siempre espantadizo como ese ciervo del que hablan tus coplas. (*Mirándole enternecida.*) Pero mira lo que han hecho de ti, hijo... Estás en los huesos. Te están matando, hijo. Bien decía yo que antes prefería verte en manos de moros que de Calzados... ¡Ay, Juan, Juan, en qué lastimero estado te veo! Como el ciervo herido...

Los encuentros pueden tener lugar de muchas maneras: en la realidad, en los sueños, en tu imaginación o en la ficción, por medio de un libro o poema, dejando una huella indeleble en tu conciencia y memoria. A través de san Juan conocí a santa Teresa; resulta hasta cierto punto natural: fueron tan amigos hace siglos que, obviamente, conociendo a uno iba a conocer al otro. En *El pájaro solitario*, cuando se producía ese encuentro entre ellos, Teresa venía a hablar con Juan para animarlo, pero también para explicarle que su situación era precaria y que su vida estaba en peligro: una cosa era sacrificarse por Jesús, pero Él nunca te pediría que te suicidaras por él. Entonces el consejo práctico de Teresa fue que

dejara de padecer hambre y torturas, y se escapase de su fría celda. Mi pregunta como director de escena es: ¿Cómo habría sido este encuentro hace cuatro siglos y medio? En mi puesta en escena quería combinar lo humano y lo místico: la conversación de una madre con su hijo y amigo, maternal y espiritual a la vez. Y ésta es la clave del personaje de Teresa. Parece una contradicción respecto a ella, pero Teresa siempre tenía los pies en el suelo, siempre era práctica, y tenía aquella sentatez que también buscaba en las jóvenes mujeres que se presentaban por primera vez para entrar en su convento: el buen juicio. Desde aquel primer encuentro mi interés y fascinación por santa Teresa ha ido en aumento, pero no como santa, sino como mujer. Y, en gran parte, debo este interés por el hecho de que hace poco llegó a mis manos un libro sobre ella, un libro escrito por otra mujer, la autora irlandesa Kate O'Brien. Es un libro que nos acerca más a Teresa «la mujer» que a Teresa «la Santa». De la pluma de la autora nos acercamos a esta Teresa humana, práctica, rebelde, inteligente, independiente y fascinante. Finalmente, descubrí a esta mujer del siglo XVI, con su gran capacidad para amar, con su gran necesidad de compartir sus sentimientos y explicar sus más íntimas emociones y experiencias místicas; y, a la vez, a una mujer que demostraba un gran sentido del humor, fortaleza y coraje ante los percances de la vida. Capaz de mantener todas estas cualidades mientras padecía de una salud débil y, a veces, intolerable. Creo que añadir la palabra «santa» a su nombre cambia nuestra perspectiva sobre ella. En vez de acercarla a nosotros, la aleja, porque sentimos que ella está allí, en las nubes, fuera de nuestro alcance. Y eso no es lo que ella querría. Al contrario, querría abrazarnos como seres humanos con nuestras debilidades, como cualquiera, como ella misma.

En la introducción a su libro *Teresa de Ávila*, Kate O'Brien dice:

No suponga el lector que en las pocas páginas que tiene ante sí hallará la vida o, misteriosamente atrapado, el espíritu de Teresa de Ávila. El presente ensayo constituye un retrato o, más bien, unas notas para un retrato; es una apología no de Teresa sino de la constante admiración que esta escritora ha sentido hacia ella¹.

Desde sus primeras palabras O'Brien nos muestra que su opinión es subjetiva y parcial, tan sólo unos primeros trazos para dibujar un retrato. El libro no es una investigación exhaustiva ni académica, sino la opinión de una mujer sobre el carácter, los hechos y la vida de otra mujer, y ahí reside la belleza y el interés del libro. Parece como si Kate hubiese conocido a Teresa y hubieran sido amigas. De haber sido así, las vidas de ambas mujeres tal vez hubieran sido distintas; o tal vez Kate hubiese ido con Teresa a fundar sus conventos por toda España o, por el contrario, Kate hubiera llevado a Teresa de viaje a tierras nuevas, desconocidas y peligrosas para el alma.

1 O'BRIEN, Kate. *Teresa de Ávila*, trad. Antonio Rivero Taravillo. Madrid: Ed. Vaso Roto, 2014, p. 15.

Tampoco soy yo un erudito de la vida de Teresa de Cepeda y Ahumada, nacida en el año 1515 en Ávila, la ciudad más alta de Europa. La visión que tengo de ella es como dramaturgo y actor, y mi inspiración al escribir sobre ella son mi instinto y mi imaginación acerca de cómo hubiera vivido una mujer con su educación, sus características y en su entorno. Sin duda era una mujer extraordinaria y desde mi primer acercamiento a ella –su vida, sus escritos, incluso después de tantos siglos– me tiene hechizado. Kate O’Brien decidió escribir sobre Teresa «por propia elección, que es apasionada, arbitraria y personal²».

Hace años, cuando Winston Churchill hubo alcanzado la fama como primer ministro de Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial, alguien le preguntó a qué personaje de la Historia hubiera invitado a su mesa para comer y charlar. Sin dudarlo, contestó: Óscar Wilde. Comparto su elección, pero yo hubiera incluido a un invitado más: Teresa de Ávila. Qué fascinante tertulia hubiera sido. Por un lado, Teresa, la Santa, pragmática y pasional, llena de energía, sentido común e interés por todo y, al otro lado de la mesa, Wilde, con su gran sentido del humor, la creatividad espontánea de su mente y el virtuosismo de la palabra; un hombre fracasado y un hombre pecador:

TERESA: Querido Óscar, he leído tu infamatorio libro *El retrato de Dorian Gray* y me parece un estudio fascinante sobre la lucha eterna entre el bien y el mal.

ÓSCAR: Mi querida amiga –permíteme incluirte entre los pocos que me quedan–, tu observación sobre un libro considerado entre muchos –incluyendo al juez en mi juicio–, como decadente y escandaloso, me da una alegría enorme; pero siendo tú quien lo dice, no me sorprende nada.

TERESA: ¿Has pensado alguna vez entrar en un monasterio?

ÓSCAR: Cuando salí de la cárcel de Reading lo pensé, pero enseguida decidí que no. Estaba ya harto de tanto silencio. Y tanta autodisciplina me hubiera resultado imposible. En vez de ir a la iglesia, me habría quedado en la cocina, hablando con las monjas y bebiendo el buen vino de tus tierras.

TERESA: Tampoco es una mala manera de pasar el tiempo y la vida, compartiendo risas y sabiduría con los demás. Aunque tal vez las monjas jóvenes se hubieran enamorado de ti.

ÓSCAR: Sí, habría sido un riesgo para ellas. A las mujeres siempre les atraen los pecadores. Mira el caso de Eva y el Diablo.

TERESA: Pero yo no te considero un pecador, Óscar. Un pecador es alguien que hace daño a otro ser humano con intención.

ÓSCAR: Siempre matamos aquello que amamos. Y yo maté a mis seres más queridos, Constance, mi mujer, y mi madre, y nunca volví a ver a mis dos hijos después de Reading. Eres demasiado generosa conmigo.

TERESA: La generosidad es otra manera de mostrar amor.

ÓSCAR: Escuchándote, Teresa, ¿por qué me siento tan emocionado?

2 *Ibid.*, p. 16.

TERESA: Porque hace ya mucho tiempo que tu amor por los demás no ha tenido espacio para llorar.

Soy consciente de que lo mío es una opinión personal sobre Teresa y, a veces, una visión artística; y es posible que algunas cosas que he apuntado sobre ella no tengan una base académica. Pero, ¿no sucede lo mismo con todas las grandes figuras de la historia de la humanidad? ¿Cómo podemos saber de verdad cómo fueron Sócrates, Shakespeare, Cervantes o Miguel Ángel? Sólo a través de sus hechos, sus logros, de lo que ellos dijeron o lo que sus contemporáneos dijeron sobre ellos. Así podemos conocerlos y después formarnos nuestra propia opinión sobre ellos. Es más, cada ser humano tiene un instinto natural hacia otro ser humano, esté vivo o muerto. Los sentimientos son universales. Un japonés, un indio, un alemán, un ruso, un español o un irlandés lloran cuando están tristes, ríen cuando están felices, sienten frío o calor por igual. Por eso, las grandes obras de arte de cualquier tiempo, de cualquier país, nos hacen sentir. Lo que nos une a través de los siglos son los sentimientos que todos los seres humanos tenemos en común. Por eso, también, entendemos perfectamente la verdad que hay en las palabras de Shylock cuando defiende a su raza, los judíos contra los cristianos, en *El mercader de Venecia*, de Shakespeare:

Soy judío. ¿Es que un judío no tiene ojos? ¿Un judío no tiene manos, órganos, proporciones, sentidos, afectos, pasiones? ¿No se alimenta con los mismos manjares, no le hieren las mismas armas, no está sujeto a las mismas enfermedades, no se cura con los mismos remedios, no siente calor en verano y frío en invierno, lo mismo que un cristiano? Si nos pincháis, ¿no sangramos? Si nos hacéis cosquillas, ¿no reímos? Si nos envenenáis, ¿no morimos? Si nos ultrajáis, ¿no habríamos de vengarnos?³.

Teresa era elocuente y segura de sí misma. Nunca tuvo miedo de enfrentarse al poder eclesiástico ni a la inquisición. Creía de todo corazón que tenía la verdad y a Jesús de su lado. Puso plena alma y corazón en su fe en Dios y en cuanto hacía. Era una mujer formidable y cuando decidía hacer una cosa, la llevaba a cabo con convicción, dedicación y fervor. Para ella nada era imposible y, aunque durante gran parte de su vida su salud fue débil, consiguió abrir diecisiete fundaciones, recorriendo largas distancias y con poderosas facciones de la Iglesia en contra. Fue pionera, aventurera, innovadora e hizo mucho por la imagen de la mujer en sus sesenta y siete años de vida. Kate O'Brien nos lo explica así:

[...] Teresa llevó la vida de un genio.

3 SHAKESPEARE, William. *El mercader de Venecia*, Acto III, escena I, 52-60. Edición de John Russell Brown. Londres: Arden, 2005. Mi traducción.

Esto puede ser solo una forma de decir que vivió varias vidas, y que vivió cada una de ellas intensamente y aprovechándolas al máximo; pasó de un plano a otro de la experiencia humana, siempre alerta, siempre con su poderosa inteligencia. Soñó, ambicionó, rió, fantaseó y pecó; sufrió, lo mismo de cuerpo que de espíritu, como pocos pueden haberlo hecho; observó, estudió; dirigió destinos humanos; dominó y gobernó ese insoluble asunto de la vida exterior; exploró, de forma exacta y con modestia, las regiones peligrosas de su propio espíritu singular, y halló en él su «castillo interior»; «vio» a Dios, y luchó escrupulosamente para interpretar para nosotros esa «visión»; se convirtió, mediante la experiencia combinada y constante de la autodisciplina, la modestia, la valentía y la inteligencia, en la menos pretenciosa, la más accesible y la más serena de todos los místicos cristianos⁴.

O'Brien escribe con una claridad que surge de un profundo respeto y entendimiento del carácter de Teresa. Sus observaciones son a la vez el instinto natural de complicidad de una mujer con otra y el reconocimiento de los obstáculos e injusticias que cualquier mujer podría encontrar tanto en el siglo XVI como en el siglo XX. Los logros de Teresa durante su vida son únicos en sí mismos; pero cuando tenemos en cuenta el entorno totalmente machista, que dejaba escasos derechos a cualquier mujer, lo que ella consiguió es increíble. Hace poco le pregunté a una mujer progresista y feminista cuál era su opinión sobre Teresa de Ávila y me contestó: «La adoro». No me extraña que Kate O'Brien, una mujer inteligente y creativa, encuentre también a una «hermana de alma» en Teresa. Durante siglos pocas mujeres han conseguido superar las dificultades y las barreras puestas en su contra por un mundo ciego ante las capacidades intelectuales de la mujer y lo que podrían aportar a la sociedad. Teresa brilla entonces como escritora, pero es en su vida donde se encuentra su genio. En este sentido, también tiene algo en común con Óscar Wilde, quien dijo de sí mismo que su mejor obra había sido la historia de su propia vida.

Teresa no escribía para ser publicada, ni por dinero, ni por fama, y no pensaba llegar a ser considerada una gran escritora. Escribía por necesidad, porque estaba convencida de que era su obligación intentar explicar sus experiencias místicas, sus contactos con Dios. Es decir, explicar lo inexplicable; y este deseo tan apasionante fue la fuente de su inspiración y la razón de que, entre tanto trabajo, pudiera escribir con tanta inteligencia, belleza poética y simplicidad. O'Brien la define como: «Una poeta menor; una prosista fácil, fluida, incluso desgarbada, que, obligada una y otra vez por una profunda necesidad, era capaz de decir con palabras sencillas –porque tenía que hacerlo– lo que los escritores más grandes no pudieron decir»⁵.

Teresa estaba convencida de sus visiones y de la presencia de Dios en sus momentos místicos, y quería compartir estas experiencias con los demás y sin

4 O'BRIEN, Kate. *Teresa de Ávila*, *ibíd.*, pp. 19-20.

5 *Ibíd.*, pp. 18-19.

miedo. El miedo no formaba parte de su carácter, pero tampoco olvidaba que su peor enemigo era la ignorancia. Sabía que el poder de la Iglesia provenía en parte del gran miedo que era capaz de suscitar. Enfrentarse a la Inquisición conllevaba un enorme peligro, y el mejor consejo era evitarla o, por lo menos, no enfrentarse a ella directamente. Teresa estuvo más que dispuesta a desafiarla para defender sus principios. Por un lado, sabía que Dios estaba de su parte, y también era sabia, pensaba con rapidez, era elocuente, tenía un gran sentido del humor; era encantadora con todos con quienes hablaba, y no le faltaba coraje para decir la verdad ni lo que pensaba.

En los últimos años de su vida estuvo siempre alertando contra las falsas arre-metidas de los devotos sobre las experiencias místicas:

Mas para siervos de Dios, hombres de tomo, de letras, de entendimiento, que veo hacer tanto caso de que Dios no los da devoción, que me hace disgusto oírlo. No digo yo que no la tomen, si Dios se la da, y la tengan en mucho, porque entonces verá Su Majestad que conviene; mas que cuando no la tuvieren, que no se fatiguen y que entiendan que no es menester, pues Su Majestad no la da, y anden señores de sí mismos⁶.

En cuanto dice hay razón, lógica, y demuestra de una manera sencilla y clara que la devoción no es cosa de inteligencia ni de sabiduría, sino de espíritu y corazón.

Cuando pienso en Teresa no estoy impresionado por su título de «santa». Lo que me fascina de ella son sus cualidades como mujer en su época, como ser humano excepcional e inspiración para los demás. Sin mujeres como ella, el mundo sería menos humano, más feroz y salvaje. Porque lo que Teresa nos ha dejado es una manera de vivir con disciplina sin perder la felicidad, de soportar los dolores sin perder la esperanza, de luchar por unos principios sin rendirse a las tentaciones de la riqueza, el poder o la fama. Lo que ella nos ha dejado no son gotas de bondad, sino un lago lleno de actos altruistas, de sentimientos inspirados por el amor, la caridad y la búsqueda de la paz interior. Su grandeza está en sus actos, su espíritu poético, su capacidad de trabajar por sus principios y luchar con coraje contra una montaña de obstáculos. Y, en gran parte, gracias al libro de Kate O'Brien, he podido acercarme a Teresa de Ávila. Dicho libro es un corto y acertado resumen de la vida de Teresa y ha despertado en mí unos sentimientos hacia ella de admiración, respeto y gratitud de que una persona como ella haya vivido en nuestro mundo, aunque por poco tiempo y hace cuatrocientos años.

O'Brien tampoco deja de lado la vertiente mística de Teresa:

Ella ha escrito con incomparable lucidez sobre esta ciencia del espíritu, empezando con sus propios inicios en ella, hasta que, en la suma de sus obras místicas y en

6 Teresa de Ávila, citada en O'BRIEN, Kate. *Teresa de Ávila, ibíd.*, p. 49.

sus resplandecientes cumbres, reconocemos todo lo que se ha dicho de la comunicación con Dios que es posible decir con palabras. Cabe suponer que a todo cristiano culto en algún momento le han enseñado a rezar mediante esa famosa imagen de un huerto y las maneras de regarlo. Son líneas muy sencillas⁷.

Si Teresa es nuestro vínculo con Dios, entonces Kate es nuestro vínculo con Teresa. Dos mujeres capaces de comunicar ideas con claridad y pasión. No nos sorprende que en septiembre de 2011, en una ceremonia en presencia del embajador de Irlanda, Justin Harman, se le dedicase a Kate O'Brien una calle en Ávila en una ceremonia presidida por el Alcalde de Ávila. Creo que Kate estará muy orgullosa de tener una calle con su nombre en la ciudad donde su gran amiga espiritual había vivido y trabajado durante tanto tiempo.

Lo que Teresa dijo sobre aquel huerto y la comunicación con Dios son líneas muy sencillas:

Paréceme a mí que se puede regar de cuatro maneras: o con sacar el agua de un pozo, que es a nuestro gran trabajo; o con noria y arcaduces, que se saca con un torno [...] o de un río o arroyo: esto se riega muy mejor, que queda más harta la tierra de agua [...] o con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mejor que todo lo queda dicho⁸.

El retrato personal de Teresa delineado por Kate O'Brien demuestra que no solamente ha captado la lógica y el razonamiento sencillo y humilde de las metáforas que usa Teresa; sino que, a su vez, ha reconocido la forma poética de explicar unas ideas metafísicas complicadas y espirituales. El logro final de Kate es acercarnos a la mujer, Teresa, y así abrir la riqueza de su corazón y su gran capacidad para explicarnos lo inexplicable, a través de unas imágenes originales y vívidas. Después de citar estas maneras de regar el huerto Kate opina: «Un niño puede reflexionar sobre los cuatro movimientos progresivos de este paralelismo, pero un poeta de imaginación avanzada e impetuosa también verá cuán adentro en los movimientos del alma puede conducirlo esta clara ascensión⁹».

Teresa tiene una cualidad de la que todos los genios dan muestra, sean filósofos, científicos o artistas: la sencillez y claridad de sus ideas, o de sus descubrimientos e inventos. Un niño puede entender y disfrutar de una novela de Dickens, una comedia de Calderón, algunos conceptos de Sócrates sobre el ser humano o de la historia de Romeo y Julieta de Shakespeare. En ocasiones, la forma de algunos de ellos es arcaica y difícil de entender en una primera lectura, pero su contenido es, a la vez, sencillo y potente.

7 *Ibid.*, p. 50.

8 *Ibid.*, p. 50.

9 *Ibid.*, p. 51.

Como una muy buena amiga, Kate es también honesta y sincera cuando habla de Teresa, y entiende perfectamente dónde reside su grandeza e ingenio:

Ahora debemos hacer frente a la complicada excepción que he hecho. Teresa de Ávila *no* fue una gran poeta. Pero fue una formidable prosista. Lo cierto es que, en determinados pasajes de difícil expresión, pasajes luminosos y milagrosamente grandiosos, como trataré de mostrar, oímos a una gran poeta, que hubo de emplearse en otro campo del genio. Aun así, su prosa, a pesar de todas sus maravillosas y ocasionales bellezas en lo concerniente a la escritura, no la hace merecedora de que se la llame «genio». [...] Teresa, que pudo ser, conforme a su impulso, un genio literario, fue en realidad una mujer genial cuyos intereses no eran literarios y que empleó las palabras, que no cabe duda de que fueron sus dóciles esclavas, solo con intenciones que nada tenían que ver con la literatura, sino únicamente con Dios¹⁰.

La Teresa que está buscando Kate O'Brien es la Teresa completa, la grande, la santa, el genio; feminista y luchadora, la mujer que en los últimos años de su vida intentaba vivir en el exterior como ninguna otra mística ha podido hacer, para explicarnos y acercarnos su visión de Dios. Desde el principio tenía visiones místicas que ella misma definía como estados en los que era consciente de la presencia de Dios. Intentó separar estas visiones o estados que sentía en su ser de posibles experiencias imaginarias –en las que ella no confiaba– y de las visiones intelectuales –que ella considera irresistibles– que procedían del exterior sin emoción interior alguna. O'Brien considera que los intentos de Teresa por plasmar en una prosa clara la serenidad de algunos de estos momentos místicos son magníficos por su humildad y claridad.

Las palabras de Teresa son elocuentes y a la vez sencillas; expresan una pasión y amor sublimes que nos transportan dentro del alma sincera de una mujer extraordinaria que intenta explicar lo inexplicable, la presencia de Dios:

No es resplandor que deslumbré, sino una blancura suave y el resplandor infuso, que da deleite grandísimo a la vista y no la cansa, ni la claridad que se ve para ver esta hermosura tan divina. Es una luz tan diferente de las de acá, que parece una cosa tan deslustrada la claridad del sol que vemos [...] No porque se representa sol, ni la luz es como la del sol; parece, en fin, luz natural, y estotra cosa artificial. Es luz que no tiene noche, sino que, como siempre es luz, no la turba nada¹¹.

Cuanto más voy conociendo a Teresa de Ávila –y esto sucede desde hace pocos años– más entiendo que hay buenas personas en la vida y más sus palabras

10 *Ibid.*, pp. 17-18.

11 *Ibid.*, pp. 53-54.

me van inspirando. La conocí primeramente a través del teatro; después, gracias a la pequeña biografía de una autora irlandesa. He ido leyendo sus escritos y a veces no ha sido fácil; y he hablado con todo tipo de personas, desde académicos hasta feministas, y todos me han expresado su admiración hacia ella. Teresa fue declarada Patrona de España el 16 de noviembre 1617 por las Cortes españolas, bajo el reinado de Felipe III; canonizada santa el 12 de marzo por Gregorio XV; y el 27 de septiembre de 1970 fue proclamada Doctora de la Iglesia por Pablo VI. Ninguno de estos títulos me interesa ni me influye, igual que no habrían influido a Óscar Wilde si este encuentro ficticio hubiera tenido lugar de verdad. Es el espíritu de la persona lo que me interesa; es decir, hasta qué punto brilla y comparte sus cualidades como ser humano y si dicho espíritu es una inspiración para los demás.

Hace meses finalmente encontré aquel libro que me había sugerido mi amigo hace tantos años, *La vida de los santos*, de Butler. Y, cómo no, fui directamente a leer el capítulo sobre santa Teresa. Es conciso, breve y relevante. Dice:

Indudablemente, Santa Teresa era una mujer excepcionalmente dotada. Su bondad natural, su ternura de corazón y su imaginación chispeante de gracia, equilibradas por una extraordinaria madurez de juicio y una profunda intuición psicológica, le ganaban generalmente el cariño y el respeto de todos. [...]

La intuición de Santa Teresa se manifestaba sobre todo en la elección de las novicias de las nuevas fundaciones. Lo primero que exigía, aun antes que la piedad, era que fuesen inteligentes, es decir, equilibradas y maduras, porque sabía que es más fácil adquirir la piedad que la madurez de juicio¹².

En Malagón, un pueblo cerca de Toledo, hay un convento fundado por santa Teresa en 1568. Fue su tercera fundación y durante siglos en la pequeña plaza había una piedra grande. La gente de allí asegura que Teresa, que en aquel momento tenía sesenta y tres años, se sentaba en esa piedra a supervisar el progreso de la construcción de su nuevo convento y animar a su comunidad de monjas. Hay algo en común entre Teresa de Ávila y Don Quijote de La Mancha. Tenían el mismo fervor por una causa, mostraban el mismo coraje en su búsqueda de la verdad, intentaban luchar contra todo con una fe absoluta, a ninguno de los dos le importaba el dolor ni la burla de los demás: querían cambiar el mundo. En sus momentos más difíciles mostraron fortaleza y fe en su causa. Y viajaron por aquel entonces como todos, sobre asnos y mulas. Aquellos animales siempre han simbolizado virtudes que ojalá todos los hombres pudieran tener: paciencia, obediencia y fuerza para soportar el peso de la existencia. No en vano fue el modo en que la Virgen, san José y el niño Jesús usaron para huir a Egipto.

12 BUTLER, Alban. *Lives of the Saints*. WALSH, Michael (ed.) Kent: Burns & Oates, 1985, p. 338. Mi traducción.

Hay un poema, «El burro», escrito por G.K. Chesterton, que aprendí de joven en la escuela, y que por su simplicidad siempre ha sido uno de mis favoritos:

Cuando iban peces por el aire, cuando
El bosque andaba en su primer abril,
Cuando era cuna la sangrienta luna,
Seguramente entonces, yo nací.
Con la cabeza de monstruo y con las alas
Raras de mis orejas color gris,
Soy la caricatura del diablo
Andando a cuatro patas por ahí.
Vagabundo andrajoso de la tierra,
Trabajando sin fin he de vivir,
Sufriendo hambre y desprecio... Y siempre mudo
Me guardo mi secreto para mí,
porque vosotros olvidáis mi hora
que fue inmortal, tremenda y dulce. Allí
alzaban todos a mi paso palmas
y aleluyas al Hijo de David¹³.



Domingo Dival photography©

13 E.G-M. (Tr.) «El burro». En CHESTERTON, Gilbert Keith. *Lepanto y otros poemas*. Sevilla: Ed. Renacimiento, 2003, p. 59.

Mis encuentros con la increíble historia de Santa Teresa pocas veces fueron buscados, siempre accidentales o, lo que es más probable, provocados por el destino. Además, siempre han sido agradables, como debe ser cuando te encuentras con alguien a quien admiras. Acaso ella me estaba buscando, como una musa; porque una santa y una musa tienen algunas cosas en común. Te inspiran para hacer grandes cosas. Te sientes amado por ellas. Te acompañan en momentos difíciles. No puedes ver a ninguna de las dos, pero eres consciente de que están presentes para guiarte.

Por eso, tal vez dentro de algunos meses, estrenaré una nueva obra sobre Teresa de Ávila. Es lo que más me apetece ahora, seguir conociéndola como persona y como la extraordinaria mujer que era. Y, cómo no, el estreno será en un pueblo cerca de Salamanca, Alba de Tormes, donde Teresa de Cepeda y Ahumada murió a las nueve de la noche del 4 de octubre de 1582. Y seguro que si la obra no sale bien, santa Teresa no va a condenarme, sino al contrario: como musa y madre espiritual va a animarme a seguir luchando con mi arte, el arte de sentir y hacer sentir de un irlandés afincado en España.

BIBLIOGRAFÍA

- BUTLER, Alban. *Lives of the Saints*. WALSH, Michael (ed.). Kent: Burns & Oates, 1985.
- CHESTERTON, Gilbert Keith. *Lepanto y otros poemas*. Sevilla: Ed. Renacimiento, 2003.
- O'BRIEN, Kate. *Teresa de Ávila*, trad. Antonio Rivero Taravillo. Madrid: Ed. Vaso Roto, 2014.
- SHAKESPEARE, William. *El mercader de Venecia*, acto III, escena I, 52-60. Edición de John Russell Brown. Londres: Arden, 2005.

Denis Rafter, de origen irlandés, aunque afincado en España desde hace décadas, es doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Alcalá de Henares y Premio Extraordinario por su tesis *Hamlet en España*. Maestro de actores, director de escena, actor y experto en Shakespeare y el teatro irlandés, Rafter ha sido director invitado por el Teatro Clásico Nacional en dos ocasiones. Sus obras han sido estrenadas en el Teatro Romano de Mérida, el Corral de Comedias de Almagro, el Teatro Lope de Vega de Sevilla y el Teatro Español de Madrid, entre otros. Ha recibido el Premio Adolfo Marsillach de la ADE (2013) en reconocimiento a su trayectoria teatral y docente, así como a su labor cultural por tender puentes entre Irlanda y España. Su libro *Hamlet y el Actor* recibió el III Premio Artez Blai (2010) y su monólogo *The Remarkable Oscar Wilde* ganó el premio al Mejor Monólogo en el Festival de Teatro de Edimburgo (1981). Su última producción ha sido *Edipo Rey*, de Sófocles, en el Teatro Romano de Mérida, en el marco del Festival Internacional de Teatro clásico de Mérida 2014.